

PABLO DEROULEDE

EL CORNETA

Ataque anuncia el corneta.
Ni una nube el cielo mancha;
la carretera es bien ancha;
los zuavos cantando van.
Delante se extiende un bosque
coronando una colina;
de allí el campo se domina;
los prusianos allí están.

Siempre fué el viejo corneta
un camarada valiente;
si apurada ve á la gente,
el primero en la lid es.
Cuenta ya muchos combates,
y aunque los juzga felices,
lleno está de cicatrices
de la cabeza á los pies.

Hoy él dirige la danza:
nunca su clarín guerrero
sonó tan vivo y tan fiero
rasgando el aire sutil;
él la esperanza despierta
en el pecho de los bravos,
y encendió ya de los zuavos
el corazón varonil.

Avanzan á la carrera;
el prusiano no se esconde;
el fuego al fuego responde:
¡buena la función será!
Por fin, á sus compañeros
lanza otro toque el corneta;
—«¡Arriba!, ¡á la bayoneta!»
En el bosque entraron ya.

El heroico veterano,
á la primera embestida
siente en su pecho una herida
que á sus glorias pondrá fin;
pero su ánimo invencible
no se rinde ni se abate,
y dirigiendo el combate,
suena siempre su clarín.

Aunque salta á borbotones
la sangre, con mano fuerte
le cierra el paso á la muerte
y la hace volver atrás;
renueva el toque de ataque,
y la batalla avivando,
cual suprema voz de mando
suena sin cesar jamás.

Sobre la hierba tendido
sin consuelo ni esperanza,
al ver que su gente avanza,
contiene el dolor atroz;
á su labio ensangrentado
clava el bélico instrumento,
y vibra siempre en el viento
su estremecedora voz.

Mira extenderse los zuavos
por la selva enmarañada;
la posición disputada
pronto en su poder caerá.
Extinguese de repente
el resonante alarido;
su último deber cumplido,
el corneta ha muerto ya.



CATULO MENDÉS

LAS IMPRECACIONES DE AGAR

Cuando el año centésimo cumplía
el patriarca Abraham, poniendo el sello
á su augusta vejez, Elhi bendijo
de la proecta Sara el mustio seno,
y ella fué madre al fin. Al viejo esposo
dijo:—«Pastor de cabras y camellos,
en mi ensanchado vientre, nueve meses
el Señor hizo germinar su Verbo,
y de tu innumerable descendencia
sonó el vagido en el clamor primero
de este infante que busca mis pezones.
Pues que te di un varón, llegó el momento
de arrojar de tu lado al hijo impuro
de la extranjera, que con torbo gesto
guña infame los ojos, y en la sombra
rodar en torno motador lo veo.
Echalo pronto, y á la madre egipcia
echa también, como se lanza lejos
la rama seca y el podrido fruto.
A mi fecundidad es menosprecio
li suya. Aún muestra, bajo el blanco lino,
su feliz juventud mórbido el pecho:

¡parta, pues! De las tiendas conyugales
salgan con ella la que tanto tiempo
enrojeció mi faz triste vergüenza,
y el amor que á tus ojos dió sus fuegos.
Ese cachorro de la humilde sierva
que tan fácil nació de su materno
joven regazo, compartir no puede
tu herencia con el hombre á quien los cielos,
para que cumpla sus designios, guardan.»

Orgullosa y cruël, en esos términos
habló la anciana, y con horrible grito
sofocado en sus labios entreabiertos,
dando á Ismael la temblorosa mano,
Agar partió siniestra hacia el desierto.
La brisa matinal soplabá suave
bajo el dosel azul, limpio y sereno,
y empujaba las sombras, cual si hermosas
palmas de luz, fantásticas surgiendo
del oriental confin, con su ondulante
vaivén hicieran palpar el viento.

Aquel soplo fugaz estremecía
las tiendas en el campo, ya despierto
del pastor, y entre nieblas, que bañaba
rosada claridad, los toscos lienzos
levantaba el tropel de las mujeres
con lánguido ademán, aún soñoliento.
Al leve son que en el redil produce,
al alba, el renovado tintineo,
unió de pronto un pájaro su trino
entre el follaje protector de un cedro,
de cuyos brazos colosales, rotas
colgaban en jirones descompuestos
pálidas brumas, que en la tierra baja
las voladoras ráfagas barrieron.
Después, con la explosión áspera y brusca
del despertar, como león que fiero
á la puerta del antro se presenta,
con relámpagos de oro sacudiendo
la encrespada melena, entre neblinas
de carmin, salió el sol, astro de fuego.
Con el sordo rumor de la colmena,
la fructuosa labor, los dulces juegos,
el cotidiano trajinar, hervían,
llenando el bendecido campamento

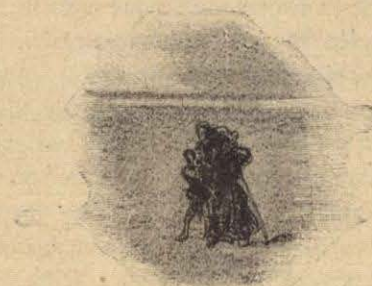
del patriarca de vida jubilosa
bajo el purpúreo resplandor del cielo.
Con cántaras de leche á la cabeza,
pasaban las domésticas; en cueros
las ubres de las cabras exprimían
grupos de hermosos niños, y en silencio
aquel alegre cuadro contemplaban
los tristes desterrados á lo lejos.

«¡Mal hayan, dijo Agar, los que inhumanos
del hogar me despiden, y risueños
viven y gozan en el fértil valle,
mientras yo, perseguida como un perro,
volviendo atrás los asombrados ojos,
misera voy al espantoso yermo!
Sobre la verde hierba, que humedecen
con claras tintas los arroyos frescos,
tortas de miel y harina se reparten;
mientras yo, como el buey falto de pienso,
que en vano rumia con el vientre exhausto,
masco mi hambre voraz y mi sed bebo.
Y si, rendida al fin, caigo en la arena,
de mi horrible fatiga único lecho,
veré al hijo infeliz de mis entrañas,
que arrastrándose va, livido, yerto,
y en mis exangües labios, espantoso,
viene á estampar un ósculo famélico.

»Oye mi voz, caudillo centenario
de las tribus errantes, que soberbio
al hambre y la aflicción me has condenado,
á mí, que siempre cariñosa, abriendo
á tu capricho los amantes brazos,
de tu placer fui dócil instrumento.
Verás truncada tu esperanza doble,
¡oh padre de dos razas! Odio eterno
reinará entre los hijos infelices
de Agar, por ti lanzados al destierro,
y los de Sara, reses bien cebadas,
fácil presa del lobo carnívero.
*Ya verás. Los bastardos de la esclava
serán libres, selváticos, intrépidos;
brotará inexorable la venganza
de mi matriz, cual se desborda hirviendo
del rojo cráter la candente lava.
Tus Isaacs, ¡cuántas veces, hartos y ebrios,

entre el turbio vapor de los banquetes
de pronto el rostro pálido volviendo,
atisbarán con la mirada oblicua
si flacos, demacrados, macilentos,
en el confín del horizonte surgen
los audaces jinetes del desierto!
Después, en multitud innumerable,
bajo el cielo ultrajado, el turbulento
tropel de los vencidos no domados,
los vagabundos al azar dispersos,
los rebeldes adustos, de mi prole
formarán todos la legión. ¡Temedlos,
oh vencedores! Su feroz coraje
temed, y aún más su júbilo. Risueños
se mojarán de Dios. Sus carcajadas
las rendijas serán que el Universo
han de resquebrajar. Y más temibles
serán mis hijas que mis hijos fieros.
Esposa marchitada y vengativa
que así me arrojas porque tienes celos
de mis labios en flor y mis dos globos
como capullos de azucena tersos;
progenitora austera y venerada
de cien familias, porvenir excelso
no sueñes, no, para el reciente infante,
larva de un fruto que sobrado el tiempo
sazonara en el árbol: ¡por él llora!
¡Hijas tendré! Serán blancas; muy negros
sus bucles, encrespados y sedosos;
bordado de oro y perlas, medio abierto
lucirán el corpiño; larga estela
dejarán, al pasar, de tibio fuego
y aroma embriagador. Las ansias locas
que inspirará su mal ceñido seno
y la penumbra que, al erguir los brazos,
á sus limpios sobacos dará el vello,
han de hacer arrastrarse á los más fuertes,
á los que de honradez más presumieron;
y ocultando el semblante enrojecido
con las trémulas manos, aún ardiendo
en su memoria la impudente orgía,
timidos llevarán al nupcial lecho
de la aflagida esposa el cuerpo exhausto
por los terribles vengadores besos.»

Así, en mañana triste y borrascosa
en que al nublado los opacos velos
rasgaba el huracán, profetizaba,
en hieles empapando sus acentos,
la desdichada Agar, madre fecunda
de los rebeldes sin temor ni freno,
y las ramera sin decoro. Airados,
hacia los sitios donde habrán asiento
Sión y Tiro y la triunfante Roma,
su amarga voz, lanzada en el desierto,
anatemas sembrando y maldiciones,
llevaban en sus ráfagas los vientos.



ANSIOSA ESPERA

Donde se juntan dos alamedas,
una de fresnos y otra de chopos,
allí la espero bajo los árboles
en los que cantan alados coros.

Para que alivie mi ansiosa espera
yo mismo invento pueril pronóstico;
si entre los fresnos venir la veo,
es que la hermosa me quiere un poco.

Mas si, radiante como la aurora
que presta al cielo rosados tonos,
por la chopada viene á mi encuentro,
es que me adora cual yo la adoro.

Seres divinos son los que se aman;
¿Quién feliz fuera como nosotros?...
¡Ay, picaruel! Tú no viniste
por un camino, ni por el otro.



PABLO VERLAINE

CARTA

Alejado, mi señora,
de vuestras dulces pupilas
por imperiosos deberes
que Dios sabe cuánto obligan,
desfallezco y agonizo,
según mi costumbre antigua
en estos casos, y marchó,
lleno el corazón de acibar,
entre afanes insensatos
y congojas homicidas,
viendo siempre vuestra imagen,
que me persigue y hostiga,
en mis sueños, si es de noche,
en mis ansias, si es de día.

El espíritu se exalta,
la materia se disipa;
muy pronto, de los fantasmas
formaré en las tenues filas;
y con tan locos deseos
y tan ociosas portías,
en vuestra sombra adorada
irá á fundirse la mía.

En tanto, soy, dulce dueño,
tu servidor. ¿Complacida
te encuentras? ¿Vives á gusto?
¿Tienes bien rizada y limpia
la peluca? ¿Están contentos
el faldero y la gatita
de Angola? ¿Cortés y atenta,
obsequiadora y meliflua
es tu sociedad? ¿Y aquella
Silvania, tan expresiva
conmigo, la de ojos negros
que el alma me robarían,
si tan azules no fueran
los tuyos, aún es tu amiga
y confidente?

Señora,
tengo una idea magnífica;
conquistar el mundo y todos
sus tesoros; de rodillas
lo ofreceré á vuestras plantas,
como prenda— ¡prenda indigna!